

Aureliano y Tácito en la Historia Augusta. Pero si tuviésemos que resumir en uno el mérito de *El emperador predestinado* sería el que su autor haya sabido hacer suyas — y, gracias a él, nuestras— las palabras de Marc Bloch: *consideré que podía hacerse*

historia con lo que hasta entonces no era más que anécdota.

Manel García Sánchez
Universitat de Barcelona
CEIPAC

MARTÍN, José Carlos. 2003.

Isidori Hispalensis Chronica.

Isidori Hispalensis Opera. Corpus Christianorum, Series Latina CXII.

Turnhout. Brepols Publishers. 310 p. + 239. ISBN 2-503-01121-7.

José Carlos Martín Iglesias nos ofrece la edición de la *Crónica* de Isidoro de Sevilla como resultado de su trabajo de tesis doctoral por l'École Pratique des Hautes Études, IVe section, dir. F. Dolbeau. Hay que agradecer a la editorial Brepols que haya tenido la habilidad de publicarlo en su prestigiosa colección de textos cristianos medievales (*Corpus Christianorum*), que ha acogido en su prensa no sólo una composición impecable de la edición del texto latino (*sic* en la p. 13*, para una palabra en griego inteligible), sino también un amplio estudio de introducción (en francés) y unos exhaustivos índices analíticos.

En las páginas preliminares queda justificada la necesidad de esta publicación: la habían pedido especialistas en san Isidoro tan conscientes como Manuel Díaz y Díaz y Jacques Fontaine, pero también, en cierto modo, Theodor Mommsen, el autor de la única edición científica hasta el momento (Berlín, 1894), ya que había reconocido uno de los problemas de este texto sin llegar a solucionarlo: la distinción clara entre las dos redacciones del mismo y su relación con el epítome de la *Chronica* que aparece en *Etymologiae* V, 39. Martín se propone, pues, esta finalidad, junto a otros dos deberes no menos importantes: el problema de la tradición de los manuscritos y el problema de las fuentes que inspiran el texto.

Creo que del estudio de Martín se puede deducir cuál ha sido la evolución de su tra-

bajo, cosa que prueba la claridad con que ha empleado el método que ha elegido. Aceptada la hipótesis de la existencia de dos redacciones de la crónica isidoriana, el filólogo se ha ocupado, en primer lugar, de localizar y clasificar los manuscritos que contienen el texto. Ante 118 manuscritos más una traducción en francés medieval (ms. s. XIV), dos impresiones renacentistas (Roma, c. 1474 y Turín, 1593) y la mencionada edición de Mommsen, el autor ha decidido trabajar, al lado de tales ediciones, con los que han sido fechados entre los siglos VII y X (en total 27 mss.), más otros tres (ver p. 56), los llamados *r*, *F*, *a*, posteriores, pero hallados significativos para el estudio de la tradición. En suma, la fijación crítica del texto se ha basado en 31 manuscritos seleccionados, básicamente, por el criterio cronológico.

Hay que señalar que uno de los méritos de esta edición es el haber añadido 37 manuscritos a la relación que había dado Mommsen. Y hay que reconocer también que el autor ha hecho explícitas críticas a la edición anterior (las más importantes, ya las hemos señalado, son el no haber distinguido las dos redacciones ni haber estudiado exhaustivamente las fuentes). Martín también hace explícita la deuda que le debía al maestro alemán, puesto que este estudio hace sospechar que tal edición ha sido su libro de cabecera durante algunos años. Por ejemplo, Martín ha mantenido con siglas en mayúsculas la asignación que Mommsen

había dado a los manuscritos, mientras que los que él aporta en esta edición han sido llamados con letras en minúscula. En sentido estricto, cada una de las entradas de estas minúsculas en el aparato de variantes resulta ser una crítica a la edición anterior. Dicho de otro modo, su edición recoge la edición de Mommsen, lo cual deberá ser considerado como otro mérito de este trabajo por quienes lo utilicen como edición crítica.

Clasificados los manuscritos y elegidos los que conformarán su edición (ver el *conspectus siglorum*, ubicado, correctamente, en la cabecera del texto latino, p. 2-3), Martín conforma tres grupos: llama C-1 a la primera redacción isidoriana de la *Chronica*, compuesta hacia el año 615-616 (22 mss.). C-2 se corresponde con la redacción definitiva, según Martín, compuesta hacia el año 626 por el mismo san Isidoro (4 mss.). Sin embargo, descubre una redacción intermedia entre C-1 y C-2 transmitida en 5 mss. Esta redacción intermedia, próxima a C-2, resultará importante para explicar el epítome de *Etym.* V, 39. Llegamos, pues, a una de las conclusiones más contundentes de este trabajo: el autor ha decidido editar separadamente ambas redacciones en páginas paralelas y no considerar C-2 como una ampliación o corrección de la primera redacción.

Así pues, la edición del texto latino reserva las páginas pares para la edición de C-1, con los manuscritos que la contienen y las páginas impares para la edición de C-2, igualmente con los manuscritos respectivos más los de la versión intermedia. Creo que esta decisión es destacable y acorde con criterios científicos. Está traída con un rigor extremo (por ejemplo, el autor recoge en el aparato crítico variantes gráficas para los sustantivos). El *stemma codicum* que ha diseñado en el estudio preliminar funciona en la práctica del aparato crítico. Sin embargo, en mi opinión se demuestra una vez más que la edición crítica de un texto es una hipótesis de trabajo.

Ya que he tenido la osadía de referirme al proceso de redacción de este trabajo, creo que puedo arriesgarme a expresar una observación que me ha suscitado esta lectura: si

la mayoría de manuscritos de las redacciones intermedia y definitiva (C-2) se encuentran o son manuscritos centroeuropeos, ¿no es posible que tal redacción sea una modificación del texto ajena al control del autor? Hablar, pues, de redacción y de recensión parece una hipótesis de trabajo. Creo que la vinculación de C-2 con el epítome de las *Etimologías* sigue creando muchas dudas; sin embargo, esta vinculación ha sido una prueba para reconocer en san Isidoro el responsable de la segunda redacción. Pongamos por ejemplo una de las diferencias más representativas entre C-1 y C-2, según señala Martín: el prólogo de C-1 limita el tiempo de la cronología en Sisebuto (C-1 *inc.* 2 «usque ad Augusti Eracli uel Sisebuti regis principatum»), mientras que C-2 se alarga hasta Suintila (C-2 *inc.* 2 «usque ad Augusti Eracli uel Suintiliani regis principatum»). La edición del epítome que hallamos en *Etym.* V, 39, 42 [por la edición de J. Oroz Reta - M.A. Marcos Casquero (BAC, Madrid, 1993)] dice que llega hasta Sisebuto, lo cual relaciona al epítome más claramente con C-1 que con C-2. Las pruebas que Martín alega para demostrar que (la redacción intermedia de) C-2 influye en el epítome son convincentes, sin embargo pueden hallarse otras variantes como la anterior que mantiene la vinculación con C-1.

No quiero dejar de reseñar el estudio de las fuentes, ya que ha sido otro de los objetivos de este trabajo. Efectivamente, el índice de autores demuestra que la influencia de san Eusebio y san Jerónimo, como también san Agustín, han sido claves para san Isidoro. De aquí habrá que corroborar aspectos culturales de la tradición medieval. El índice de fuentes es muy completo y, coherentemente, quiere distinguir si la influencia de un autor ha sido sobre una u otra de las redacciones. Hubiera sido útil un índice de lugares y de nombres.

Óscar de la Cruz Palma
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Ciències de l'Antiguitat
i de l'Edat Mitjana